

Los niños rebeldes y desafiantes de hoy ⁱ

Beatriz Janin

Los niños de hoy se muestran rebeldes y desafiantes. Tienden a oponerse a las normas y a no callarse frente a los adultos. A la vez, la rebeldía parece ser condición necesaria de crecimiento.

Voy a comenzar relatando una escena de la vida cotidiana. En la zapatería, un nene chiquito mira las sandalias que le han puesto y hace un gesto negativo con la cabeza. La abuela, sentada un poco más lejos, dice, enojada: “Las madres de hoy preguntan todo... ni entiende qué es comodidad y le preguntan si le van cómodas...”. La madre del nene contesta, muy alterada: “si no le quedan cómodas no las usa, se las saca y listo. No es tan fácil”. El nene las mira, las escucha y repite: “no me van cómodas, no las quiero” (le probaron varios pares). “Quiero las mías” (las que traía de la casa). La abuela le ordena: “tenés que comprarte otro par”; la madre le suplica, con cierta desesperación: “pero si se ensucian y se rompen, ¿cómo vamos a hacer?”. El nene permanece sonriente, diciendo: “no quiero”. Me pongo a hablar con él, que es el único que no está alterado, y le pregunto la edad. Con orgullo, enarbola tres dedos y me dice “Tres”. Salen del negocio sin comprar. La abuela me dice al irse: “Yo no le preguntaba nada a mis hijos y todo andaba bien”. La mamá la mira enojada y el nene sonrío.

Me parece que esta escena es significativa de un funcionamiento cotidiano en el que los adultos no sabemos cómo sostener las diferencias ahora que no es posible hacer lo que decía la abuela: “Yo no le preguntaba nada a mis hijos y todo andaba bien”. Uno podría preguntarse: ¿todo andaba bien?

La vuelta a una época en la que los niños no podían opinar parece ser añorada por algunos. Quitar la palabra a los niños parece ser una idea que insiste. Pero ¿es posible quitar algo que se ha posibilitado? ¿De qué se asustan los adultos cuando los niños opinan? Y a la vez, ¿por qué la opinión de un niño debería ser una orden?

La abuela clamaba por mayor poder de decisión por parte de la madre, pero ésta se asustaba frente al posible enojo del niño... Quizás, sin saberlo, ambas le estaban otorgando a éste un tipo de pensamiento y un modo de funcionamiento del que un niño de esa edad carece. Sobre todo, ambas le estaban otorgando un lugar complicado, casi imposible, pero no por dejarlo decidir, sino porque la madre sólo se oponía a su propia madre ubicando al hijo como aquél que detentaba el poder.

El niño estaba instalado en el “no”. “No me gustan, no son cómodos, no quiero”. Y desde ese lugar defendía sobre todo su derecho a oponerse a lo que los otros le quisieran imponer. Seguramente, más que elegir un par de zapatos lo que estaba eligiendo era posicionarse siendo alguien. Y ¿cómo ser sin oponerse, a los tres años?

Es evidente que los argumentos de la madre no podían convencerlo, mucho menos cuando eran planteados desde la impotencia, apelando a una lógica que el niño no podía sostener.

Acorralada entre su propia madre, que la criticaba duramente, y su hijito, que no cedía a sus pedidos, esta mujer quedaba paralizada. Quizás podría haber contestado a su madre que justamente porque a ella nunca le preguntaron nada, ahora, como madre, pregunta todo. También podría haber dicho que no sabe cómo hacer ni cómo encarar las situaciones si no sigue el mismo modelo.

Pero al otorgarle ambas un enorme poder al niño, ya sea desde la idea de que podía manipular a los otros o desde la convicción de que toda la decisión era suya, el niño quedaba en el lugar de adulto. Lugar que termina dejando a un niño sin sostén. Tiene que poder solo.

Tomo este ejemplo porque me parece que refleja muchas situaciones en las que los mensajes de una generación a otra se van anudando y determinan una realidad que se repite.

¿Cuántos niños son expulsados de las escuelas, ya desde jardín de infantes, por no acatar las normas? ¿Qué ocurre con los niños que no quieren someterse a los dictámenes de los adultos?

Un niño de cuatro años, en el consultorio, se enoja conmigo en una entrevista vincular con la madre, porque le señalo que él quiere que ella sea una muñeca de su pertenencia (obviamente, el señalamiento iba para el niño y para la madre, que dejaba pasivamente que el niño le pegara y le gritara) y que tiene mucho miedo a perderla. Me contesta que no quiere escucharme y que no va a venir más. Le digo que es posible, porque durante un tiempo quiero trabajar con sus padres. Me dice: “ellos tampoco van a venir, porque yo no los dejo” y mira en forma desafiante a su mamá. Ella me mira sin saber qué hacer, atemorizada frente a las palabras del niño. Este niño comenzó con conductas “desafiantes y rebeldes” a partir del nacimiento de un hermanito. Está desesperado porque siente que si no toma posesión enérgica de su madre, la pierde. Pero en lugar de entender esa desesperación, se supone que “hace la vida imposible a todos”.

Quizás uno de los problemas que aparezca claramente en este ejemplo es que frente al agobio de la vida cotidiana, los adultos esperan que la crianza de un hijo sea una especie de situación no-conflictiva, en la que los niños digan alegremente que sí a todo lo que se les pide y que acepten las prohibiciones que se les imponen.

Otro niño, de cinco años, se enfurece porque la maestra lo reta. Dice que es una tonta y que lo reta sólo a él. Organiza a los demás chicos en una especie de rebelión. La maestra me dice que el niño es un futuro matón y que no puede estar en esa escuela. Al detectar la impotencia de los otros, este niño se siente vencedor y a la vez terriblemente desprotegido.

Un tercero, de seis años, en su primera sesión, tira todos los juguetes al suelo y me dice que no los va a levantar, que los levante yo. Cuando ve que no me enojo, que le digo que no me preocupa tener que juntar los juguetes, pero que pensemos juntos por qué le pasa eso, por qué está tan enojado y por qué tendría que pelearse conmigo, se asombra y comienza a “ayudarme” a levantar lo que tiró.

¿A qué se rebelan los niños? ¿Por qué se rebelan?

La rebeldía es un modo de oponerse a lo ya dado.

En el diccionario, rebelde es el que se subleva. Indócil, desobediente, que se resiste con obstinación. Y sublevarse es resistirse a las normas, desobedecer.

Sin embargo, pienso que cierto grado de rebeldía es imprescindible para poder incorporar conocimientos y para apropiarse de ellos. También para crecer, para crear y para separarse de los padres.

He visto niños que tienen dificultades para aprender por ser demasiado “obedientes”. Es decir, no pueden desarmar y recrear el conocimiento transmitido, sino que se limitan a repetir lo que los otros les dan, sin poder construir un conocimiento nuevo. Por otra parte, la sumisión absoluta al otro los lleva a no poder sostener deseos propios, quedando sujetos a los deseos ajenos, en una posición pasiva.

Pero ¿qué ocurre cuando la rebeldía se transforma en negativismo, impidiendo justamente un mejor despliegue?

Hay niños que por no tolerar ninguna norma no pueden adaptarse al ritmo escolar o que en el afán de discutir todo quedan aprisionados en la imposibilidad de recibir algo del otro (como los niños que dicen “ya lo sé” antes de aprender algo, por lo insoportable que les resulta valorizar algo de lo que el otro tiene).

Es decir, podríamos decir que la rebeldía es imprescindible para crecer, para hacerse autónomo, que todo crecimiento implica cierta violencia, pero también que cuando

alguien se instala en una posición de enfrentamiento permanente puede caer en funcionamientos autodestructivos.

Muchas veces se considera que la rebeldía infantil es una respuesta a una educación demasiado permisiva. Otras veces, se la cataloga como un cuadro psicopatológico de raíz orgánica.

Considero que el comportamiento desafiante de los niños de hoy no tiene que ver necesariamente con una falta de castigos o con actitudes demasiado permisivas de los padres. Y mucho menos es una afección orgánica que afecta a los niños.

Es más, hay un nuevo diagnóstico con el que están siendo etiquetados los niños que se rebelan: Trastorno opositor desafiante o trastorno negativista desafiante. A veces, se los medica con antipsicóticos en dosis leves.

Nuevamente, como ocurre también con el Trastorno por déficit de atención, nos encontramos con la descripción de una conducta frecuente, frente a la cual se supone que existe algún remedio “mágico”.

A la vez, es una nominación que suele abarcar patologías y problemáticas muy diferentes. Desde las respuestas impulsivas y agresivas de un niño que siente que su psiquismo estalla frente a las exigencias del mundo hasta las dificultades de otro que no tolera las normas, todos son ubicados del mismo modo. El mayor problema es que la rebeldía y el desafío a la autoridad no es pensada como una conducta que suscita preguntas, que “dice” algo, sino como algo a acallar.

Así, me consultan por un niño de seis años que se rebela frente a la maestra de primer grado, que no quiere permanecer sentado en el aula, pero que ha aprendido a leer y a escribir perfectamente. Los padres son citados por la escuela y se les sugiere que lo mediquen.

En la casa, el niño arma escándalos por cualquier cosa que se haga contraria a su voluntad y no obedece las directivas de los padres. Estos están desconcertados y suelen hacer lo que el niño dice con tal de no soportar los gritos y “berrinches”. Cuando se desbordan, le pegan.

¿Por qué sería medicado un niño que no acata las normas? ¿Por qué cuesta preguntarse por lo que le ocurre y a qué normas no acepta sujetarse?

Es cierto que aceptar normas es imprescindible para la convivencia y también para incluirse en un grupo, pero ¿de qué normas se trata?

Este niño acata de manera muy clara las reglas de los juegos (las lee él, desconfiando de lo que se le dice) y quiere venir a las sesiones. De a poco, va desplegando la idea de que

tanto la escuela como su casa son lugares arbitrarios, en los que él podría quedar sometido a reglas absurdas y a merced de adultos que no lo tienen en cuenta y lo quieren echar. Él quiere aprender, pero insiste en que no le gusta hacer lo que le dicen que haga. Desconfía de las órdenes que le dan. Trabajando su terror a quedar a merced de otro y la furia que lo inunda cuando siente que eso es así, los sentimientos de estar amenazado todo el tiempo y de tener que defenderse de los intentos de sometimiento van cediendo. Se va armando de a poco una representación de un adulto que puede ser confiable y protector, lo que le permite estar menos angustiado y por consiguiente desarrollar una actividad más placentera, encontrando otras vías para aprender a su manera.

Simultáneamente trabajamos con los padres sus historias y vamos reconstruyendo qué es lo que los ha llevado a ubicarse como pares de su hijo y a temerle.

En la medida en que la relación es especular: padres e hijo enfrentados en una pelea para ver quién puede más que el otro, todos quedan encerrados en una confrontación narcisista, que sólo muestra la fragilidad de los oponentes, todos en un plano de igualdad.

Entonces, una de las cuestiones es recuperar los lugares, devolviéndole al niño su espacio como tal.

Otro problema importante es que si no se le pregunta a un niño qué es lo que le pasa, si se lo sanciona sin otorgarle un lugar como sujeto, al mismo tiempo en que se intenta transmitir una norma se está transgrediendo otra fundamental: el registro del otro como alguien con deseos, afectos, pensamientos...

El reconocimiento del otro se funda en un vínculo en el que el niño es reconocido como tal. Es decir, como sujeto infantil.

Entonces, lo que puede aparecer como conducta rebelde puede responder a múltiples determinaciones. En éstas tiene peso tanto el medio social como el familiar, así como el modo particular en que ese niño tramita sus vivencias.

Algo que me llama la atención es la frecuencia con la que escuelas y familias dicen: “no sabemos ya qué hacer” frente a niños muy pequeños. Si la educación siempre implica la puesta en juego de voluntades diferentes y de cierto grado de coerción y de rebeldía, ¿qué ocurre en la actualidad como para que los adultos se declaren impotentes ya desde el jardín de infantes cuando un niño se opone y no acepta pasivamente lo que se le pide?

Ya desde muy pequeños, el no comer, no dormir, no controlar esfínteres, puede aparecer como oposición a los deseos y normativas de los padres. El niño se erige como sujeto que puede imponer su voluntad...

Muchas veces, nos encontramos con niños que parecen todopoderosos pero que están asustados, aterrados frente a un mundo del que no comprenden las reglas.

Insisto en que la rebeldía en sí no es un problema y es más, todo acto de crecimiento supone una cierta rebeldía contra lo ya estipulado. Creo que la cuestión es si la rebeldía lleva a ese niño a intentar nuevos caminos, a establecer diferencias con los otros o si lo deja sumido en un encierro autodestructivo, en una pura oposición con la que se defiende de las sensaciones de impotencia frente a un entorno vivenciado como intrusivo o controlador.

Como plantea Danielle Brun en su libro *Les enfants perturbateurs*, los niños son siempre perturbadores para sus padres. Ya por el hecho de nacer, “perturban” la relación entre ellos.

El tema es que muchas veces la oposición, la rebeldía, evidencia no sólo un enfrentamiento inevitable, que tiene que ver con los intentos de autonomía, sino un sufrimiento que el niño no puede mostrar de otro modo.

Todo niño tiene que lidiar con sus propias pulsiones y con las exigencias de los otros. ¿Por qué debería ceder a esas exigencias cuando está urgido por las propias?

Hay niños que dicen “yo hago lo que quiero” o “No quiero trabajar en la escuela porque no me gusta.”

“Yo quiero” y “yo no quiero”, son frases habituales en los niños. Es el modo de poner coto al avasallamiento del otro y de imponer su autonomía. Pero también es la manera de establecer diferencias, de decir “acá estoy yo”, cuando el narcisismo tambalea o cuando el mundo aparece amenazante.

Indudablemente, el grupo social al que pertenecemos marca en gran medida posibilidades, vías identificatorias y modos de funcionamiento.

Dice Kaës: “El grupo que nos precede, en particular algunos de sus miembros que son para el infans sus representantes, este grupo nos sostiene y nos mantiene en una matriz de investiduras y cuidados, predispone signos de reconocimiento y de convocación, asigna lugares, presenta objetos, ofrece medios de protección y de ataque, traza vías de cumplimiento, señala límites, enuncia prohibiciones” (Kaës, pág 17)

Pienso que en cada niño se conjuga su historia personal y familiar con la de la época en la que le toca vivir y que podemos encontrar ciertas invariantes que inciden particularmente en cada uno.

Y los niños de hoy son particularmente rebeldes.

Intentaré desarrollar entonces algunas de las determinaciones que llevan a que los niños de nuestros días suelen desafiar a los adultos y se resistan a acatar las normas.

La desmentida de las diferencias niño-adulto

Los adultos suelen presentar dificultades para sostener las diferencias niño-adulto y esperan que los niños los sostengan narcisísticamente, con su reconocimiento. Así, generan actitudes y respuestas frente a las que luego se violentan, sintiendo que los niños quedan como demasiado poderosos. Son niños a los que han imbuido de un poder omnímodo.

En tanto los adultos no garantizan protección, cuidado, en tanto los niños se sienten muchas veces como iguales a los adultos, se produce una situación particular: **queda desmentida la dependencia de todo niño en relación a los adultos.**

Pero esto a la vez torna más difícil el pasaje del principio de placer al de realidad, porque los adultos idealizan la infancia, confundiendo al niño, que no puede renunciar a la fantaseada omnipotencia porque los otros lo sostienen como todopoderoso.

Si el imperativo social es: “goza ya” y, a la vez, muestra ya que puedes ser un sujeto que produce, que triunfa, que está adquiriendo todos los emblemas del éxito de nuestro tiempo, ¿cómo construir ideales y soportar esa tensión entre lo que se puede y lo que se debe, entre el yo y el ideal del yo?

Adultos que terminan siendo muy violentos como efecto de su misma impotencia. Padres asustados por las respuestas de sus hijos, que temen que el niño se enoje o que llore (cuando los niños se han enojado y llorado siempre), que esperan que la crianza sea una especie de “mundo feliz” sin conflictos.

Este borramiento de conflictos lleva a un predominio de actuaciones en niños y adolescentes, en un mundo en el que se valoriza la acción sin pensamiento: “hazlo, ya”, “compre ya”.

Inclusive los miedos toman un cariz particular. Hay una prevalencia de terrores, más que de miedos, y los niños suponen que lo que tienen que hacer es enmascararlos. Se vuelven desafiantes y agresivos por terror a los otros. Esta es una cuestión que me parece importante tener en cuenta. Muchos niños que aparecen como excesivamente

rebeldes o desafiantes están asustados, frente a un mundo que sienten hostil y suponen que deben tomar la iniciativa en el ataque para no ser atacados.

En algunos niños, dominar al otro, someterlo a la propia voluntad parece ser la única satisfacción posible. Ya no es la satisfacción erótica en el vínculo con el otro, el placer en la realización del deseo, sino el placer en el dominio del otro como objeto.

Hay niños que se unifican en el “no” como modo de ser, como protección, porque si no se sienten arrasados por el avance intrusivo del otro. La dificultad radica en que pierden la percepción de sus deseos (algunos no la tuvieron nunca) y lo único que desean es oponerse al deseo del otro (lo que delata la dependencia). Al abroquelarse en el “no” éste funciona como organizador que les permite sostenerse como diferentes.

El niño como sostén narcisista de los adultos:

En esta época es difícil sostener el propio narcisismo, en medio de tantas exigencias. Por consiguiente, los niños suelen ser ubicados como garantes del narcisismo de los padres. Esto les dificulta el pasaje del narcisismo primario al secundario, es decir el pasaje de los ideales del yo ideal a los del ideal del Yo.

Se torna así tormentoso tanto el cumplimiento de logros, que suelen ser alejados de sus posibilidades como el acuerdo con un ideal que, desde el Ideal del Yo social, es contradictorio. Si el imperativo social es: “goza ya” y, a la vez, muestra ya que puedes todo, ¿cómo construir ideales y soportar esa tensión entre lo que se puede y lo que se debe, entre el yo y el ideal del yo?

También he observado en la clínica madres y padres que sostienen a un hijo como aquél que enfrenta al mundo y de ese modo el niño actúa un deseo de emancipación y rebelión que él o ella no se anima a cumplir. Esto es muy claro cuando ha habido una historia en la que esas personas se sintieron humilladas y sienten que su hijo es una especie de vengador, aquél que va a oponerse, a pelear un lugar y a reivindicar a sus padres.

El niño siente así que tiene que remendar el narcisismo de otros que mantienen viejas heridas sin cerrar. Misión imposible en tanto son situaciones de una historia que no puede hacerse pasado y sigue incidiendo como un presente permanente.

Esto lleva también a sostener la desmentida de la dependencia por parte de los niños.

La intolerancia frente al sufrimiento y la carencia de espacios para procesar el dolor.

Es muy habitual en nuestros días suponer que todos debemos estar en condiciones de tolerar todos los dolores sin que los demás se den cuenta. Los duelos deberían durar poco tiempo y la adaptación de un niño al jardín de infantes debería ser casi automática.

Es así que muchos niños que no manifiestan temor frente a la separación de sus padres en la entrada al jardín, al poco tiempo comienzan a pegarles a todos los demás, a desobedecer a los maestros y a mostrarse desafiantes. Es decir, en lugar de evidenciar sus temores, se muestran fuertes e insensibles y después despliegan la angustia a través de una actividad de enfrentamiento, como si los hubieran dejado rodeados de leones.

Muchos niños suelen desmentir el dolor, justamente porque suponen que tienen que funcionar como omnipotentes y que si se muestran débiles quedan a merced de un tirano. La única manera de defenderse es oponiéndose a todo, mostrando su poder y reforzando lo que consideran su territorio frente al avance de cualquier otro vivido como invasor.

Generalmente, son sancionados, castigados, expulsados, lo que refuerza la idea de un mundo hostil y arbitrario.

Un tema importante con ellos es que el analista pase a ser un objeto confiable, alguien que no ataca y a la vez un adulto que sostiene las diferencias. Esto es clave; si el niño percibe que el otro responde al ataque en espejo, reafirmará su idea de vivir en una selva en la que hay que defenderse de los otros.

Concluyendo: la rebeldía puede ser motor de transformaciones, aliciente de la curiosidad y posibilitadora de actos creativos.

Por el contrario, considero que la desmentida tanto de las diferencias niño-adulto como de la dependencia infantil son manifestaciones de la impotencia de los adultos frente a los avatares de la niñez (como efecto de sus propias vicisitudes infantiles). Pero el niño que parece omnipotente, enfrentando al mundo, suele ser un niño que sufre sin ser escuchado.

Bibliografía:

Aulagnier, P.: (1986) El « deseo de saber » en sus relaciones con la transgresión. En Un intérprete en busca de sentido. Siglo XXI, Buenos Aires, 1994.

Bauman, Zygmunt (2007) Tiempos líquidos, Barcelona, Tusquets Editores.

Benasayag, Miguel ; Schmit, Gerard (2003), Les passions tristes, Éditions La Découverte, Paris.

Berardi, Franco (2007) Generaciones post-alfa, Buenos Aires, Tinta limón.

Brun, Daniele: (2007) Les enfants perturbateurs. Odile Jacob. París.

Castoriadis, Cornelius (1997) El avance de la insignificancia, Buenos Aires, Eudeba.

Freud, Sigmund: (1930-1929) El Malestar en la Cultura. Amorrortu Editores. Vol 21. Buenos Aires, 1988.

Janin, Beatriz (2004) Niños desatentos e hiperactivos. Reflexiones críticas acerca del Trastorno por Déficit de Atención con o sin Hiperactividad. Edit Noveduc, Buenos Aires.

Janin, Beatriz (2011) El sufrimiento psíquico en los niños. Edit. Noveduc. Buenos Aires.

Kaës R, Faimberg H, Enriquez M et Baranes JJ : (1993) Transmisión de la vida psíquica entre las generaciones. Amorrortu Ed. Bs As, 1996.

Tisseron, Serge y otros: (1995) El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Amorrortu Editores Bs As, 1997

ⁱ En Revista “Actualidad Psicológica” N° 405. Marzo de 2012.